

## **Aproximación etnológica a la figura de víctima del franquismo: Las “marcas históricas de la memoria” de la represión y del terror.**

Conceptualizar la noción de “víctima” resulta complicado porque dependerá siempre del contexto y la rama en la que se centre la investigación. Etimológicamente, el concepto de víctima se limita a la persona sacrificada o destinada al sacrificio. Esta definición básica, obviamente va a ir evolucionando con el paso del tiempo hasta ser entendida como aquel sujeto que sufre por culpa de otro debido a una pérdida, un daño o lesión, sea en su persona propiamente dicha, su propiedad o sus derechos, como resultado de una conducta que englobe por lo menos tres hipótesis: la violación a una legislación penal; el delito bajo el derecho internacional; y el abuso de poder político e institucional. Esta última es, sin duda, la que se refiere mejor a la figura de víctima del franquismo, la cual después de una represiva marginalización durante los casi cuarenta años de dictadura que siguieron la guerra civil, relegada por una relativa indiferencia frente a los imperativos de la transición, transportada por la ola de fondo memorial que sacude estos últimos años el país en torno a su historia reciente, consigue solamente ahora, en la urgencia generacional, imponerse como una voz legítima en los debates públicos sobre la interpretación del pasado. En este sentido, la víctima del franquismo está sentada tanto sobre el objeto histórico como el de la memoria. Dicho esto, en una perspectiva etnológica, entendemos que para ser plenamente entendida, esta figura debe integrarse en el cuadro de un análisis más general de lo que se puede llamar “las marcas históricas de la memoria” del franquismo, es decir fenómenos sociales creados, institucionalizados y, después, transformados en “tradiciones” por la dictadura, que permiten resaltar las características que hacen específica la construcción social de la memoria colectiva. No se trata de relatar únicamente hechos históricos, sino más bien establecer relaciones y encontrar en el desorden, acontecimientos, significaciones, intenciones y valores, para ordenarlos en un relato.

Es cierto que un recuerdo, incluso el más trágico o singular, no puede ser separado de su contexto histórico, y también que cualquiera sea su naturaleza, este entra en una memoria antes de hundirse, tarde o temprano, en el olvido. Rechazar esta evidencia lleva a sacralizarlo y privarlo de cualquier planteamiento racional. Por lo tanto, organizamos mejor la memorización cuando podemos relacionar los recuerdos presentes a los conocimientos ya adquiridos o hechos históricos incontestables y sólidamente arraigados en la memoria. Aunque este argumento por sí solo no permite establecer la génesis de una memoria de la víctima del franquismo como soporte de lazos sociales, por lo menos, nos deja la posibilidad de encontrar algunas de sus manifestaciones en torno a las huellas del pasado. Estas, entendidas como impresiones grabadas en la memoria (recuerdos dolorosos, traumas, etc.) pero también como restos materiales (ruinas, monumentos, etc.), permiten tanto una aproximación de los acontecimientos vividos por las víctimas como de sus “reedificaciones” en la memoria. Más concretamente, se trata de interrogarse sobre lugares materiales y simbólicos donde la memoria de la represión y del terror se ha cristalizado preservando la versión histórica de las “dos Españas” impuesta por el franquismo, pero también a espacios abiertos a la dialéctica del recuerdo y la amnesia donde se elaboraron estrategias de construcciones mitificadas de la misma, de manera durable, por el régimen. Dada la amplitud del tema, y sin pretender a ninguna exhaustividad, hablaremos solamente sobre cuatro de ellos: las ruinas de Belchite, los monumentos a los caídos franquistas de la guerra civil, las placas de la falange sobre los muros de las iglesias, y el “Valle de los Caídos”.

### **1. Las ruinas de Belchite**

A unos 50 kilómetros al sur de Zaragoza se encuentran las ruinas de Belchite. Sin duda, este pueblo fantasma, sea en recuerdo de los que allí murieron, su paisaje desolador, o su particular y represiva simbología, constituye uno de los vestigios memoriales más impactantes en torno a la historia reciente de España. Un año después del fallido golpe de Estado del 17 de julio de 1936 que hundirá a España en una devastadora guerra civil, las tropas nacionalistas de Franco ya habían conquistado la mayor parte del territorio, y se preparaban para entrar en Santander. Durante el verano de 1937, las fuerzas republicanas del Este reagrupando 80 000 hombres al mando del general Pozas, sostenidas por la XI y

XV compañías de las brigadas internacionales, intentan una ofensiva con la consigna de recuperar Zaragoza. Pero, a finales de agosto, el avance de las tropas se ve bloqueado en las localidades de Mediana, Quinto y Codo donde deberán enfrentarse a tres regimientos Carlistas<sup>1</sup>, y sobre todo, en el pueblo fortificado de Belchite en manos de una guarnición de 7000 nacionales. Finalmente, el 7 de septiembre, después de 12 días de duros combates, donde murieron unas 6000 personas (militares y civiles) las tropas republicanas consiguen tomar posesión de Belchite. Sin embargo, el retraso acumulado en estas batallas permite a los nacionales organizar importantes refuerzos en la capital aragonesa, impidiendo toda posibilidad de cumplir con el objetivo principal del despliegue republicano. De hecho, el control del bando republicano sobre la zona durara poco tiempo. El 10 de marzo de 1938, durante la primera fase de la batalla de Aragón, en una gran ofensiva que supuso el inicio del fin definitivo de la guerra civil, los nacionales se hacen de nuevo dueños de Belchite, o mejor dicho, de lo que queda de él: tras los bombardeos de la primera batalla, el pueblo había quedado en ruinas en su casi totalidad. Franco ordena entonces dejarlo sin reconstruir como “monumento viviente” de lo ocurrido y ejemplo de la supuesta demencia de los republicanos, convirtiéndole en un símbolo heroico de victoria. Con este mismo propósito, hará levantar el memorial en la calle San Juan donde aún se celebran conmemoraciones falangistas.



Fig.1: ruinas del viejo Belchite y su memorial franquista

Instalado sobre un antiguo pozo para almacenar aceite que, durante la batalla de Belchite será utilizado por los nacionales como fosa común para enterrar más rápidamente a sus muertos, éste forma una especie de rotonda bordada de un muro de 2 o 3 metros en el fondo de la cual se descubre una losa de la misma altura donde está colgada una gran cruz negra de Jesucristo y grabada esta inscripción:

**“Sobre estas tierras heroicas se han unidos para siempre en la muerte: el Ejército, la Falange, El Requeté y el pueblo de Belchite, al servicio de Dios y por una España grande y libre.”**

Un monumento conmemorativo es un lugar « inmaterial » donde se organiza el recuerdo, una forma de marcar un territorio y de sacralizar el espacio público<sup>2</sup>. En este sentido, esta epigrafía emite un mensaje cuyo contenido merece ser analizado. Asociando su victoria al heroísmo belchiteño y al sacrificio de sus aliados fallecidos en combate, Franco pretende imponer la imagen de una España unida en sus valores católicos, presentando la batalla de Belchite, pero también indirectamente el golpe de estado y la guerra civil, como un mal menor necesario e inevitable frente a una supuesta situación crítica y tiránica sin alternativa posible. Obviamente, el rasgo central de esta interpretación reductora de los hechos, impuesta aquí en el contorno específico de las ruinas de Belchite proclive a forjar la ficción y hacerla más honrosa y venerable, es en convertirse en una memoria dominante que

<sup>1</sup> MARIA RESA, José, *Memorias de un Requeté*, Edición Barcelona, 1968.

<sup>2</sup> NORA, Pierre, *Les lieux de mémoire*, Gallimard, Paris, 1984-1992, 7 tomes.

relegue a las otras memorias alternativas y discordantes a un rango de inferioridad. La naturaleza impositiva de esta memoria se entiende en su búsqueda de unificación con otros grupos de memoria con arreglo a una representación canónica del pasado y los supuestos que les son propios o afines. Lo que prevalece en este caso es el uso del pasado y la invención de una tradición: el bando nacional encarna el verdadero “ser español”, hecho que supone otórgale un valor eterno en sí mismo; por contra, el bando republicano representa lo bastardo, lo que ha degenerado de su origen, amenazando la integridad y la unidad. Así pues, junto a la construcción de una memoria mitificada de una lucha del Bien contra el Mal, se hace también patente un mito del origen. En nombre por tanto de la voluntad de Dios, esta mitología se orienta a consolidar una doctrina que es lejana de ser guiada por el respeto, el dialogo y la interacción con otras memorias sino por la intolerancia, la confrontación y una violencia narrativa y simbólica claramente dominante e incontestable. No obstante, con el fin de someter los escasos y endebles focos de disidencia y resistencia posibles, la construcción de esta memoria oficial tan tremendamente acrítica y dogmática se ve acompañada de robustos mecanismos de censura y represión.

Terminada la guerra, en coherencia con la perpetuación de su despótico orden simbólico, Franco decide la construcción de un nuevo pueblo al lado del antiguo. Como otra punición o venganza<sup>3</sup>, esta se llevara a cabo por unos 1000 prisioneros políticos provenientes, en su gran mayoría, del campamento penal que la Dirección General de Regiones Devastadas y Reparaciones (DGRDR) del régimen instalara cerca de Belchite entre 1940 y 1945<sup>4</sup>. En este terrible lugar permanecen los restos de una torreta de vigilancia, de unas naves usadas como dormitorios por los presos y almacenes de materiales de construcción, y el muro derruido del recinto. Pero, los pocos sobrevivientes nunca olvidaron el olor y el sabor del agua sucia del café y de las acelgas con que los alimentaban, la sensación del frío día y noche, el sonido de la diana que les despertaba cada día a la seis de la mañana para ir a trabajar, los maltratos de la vigilancia militar, etc<sup>5</sup>. Sus familias, a excepción de algunas que tendrán la suerte de ser acogidas por gente del pueblo, sobrevivieron en condiciones extremas instalándose como podían en los huertos o en las naves agrícolas, irónicamente llamadas “Rusia” en la jerga franquista para ser también ocupadas por presos de las brigadas internacionales. Cuando el campo fue cerrado, la empresa “Dragados y construcciones” se encargará de terminar las obras aprovechando la mano de obra “roja” indeseable para otros empleos. Los vecinos más afines al régimen abonan en 1946 las primeras casas del nuevo pueblo y los últimos en 1964, aunque este fue inaugurado el 13 de octubre de 1954. Para la ocasión, Franco entrega los títulos de 250 viviendas<sup>6</sup>, asista a una procesión, y pronuncia un discurso en el cual volverá a referirse al heroísmo Belchiteño, pero esta vez para enfocarlo en una racionalización ideológica y política de la violencia y del terror cuya perpetuación se ve justificada con la idea de una “salvación nacional” contra el enemigo marxista engañado por la influencia del aparato comunista internacional.

**“Belchite fue bastión que aguantó la furia rojocomunista[....] opuso al atacante el pecho de sus hijos para que fuese posible la Victoria, y de aquella sangre derramada, de aquel sacrificio de los hijos de Belchite, del esfuerzo heroico de los hombres, del sacrificio voluntario de las mujeres y de los niños, nació nuestra Victoria... Por esto la batalla de Belchite tiene un puesto de honor en la historia de nuestra Cruzada... fue, por otra parte, la piedra de toque del comunismo español [...] Hoy se sabe por los relatos escritos por los rojos extranjeros que el comunismo internacional enroló en las filas rojas, que para la defensa de Belchite hubo un plan mandado desde Moscú y que pregonaba supervisado por Stalin, plan en que el comunismo internacional había depositado su confianza [...] Se ofrece el paraíso y la justicia, se piden servicios y sacrificios, y bajo el terrorismo rojo se convierte a las naciones en unas enormes cárceles donde**

<sup>3</sup> Sobre este punto, leer la primera Memoria del Patronato para la Redención de Penas, enviada a Franco en 1939.

<sup>4</sup> LAFUENTE, Isaías, *Esclavos por la patria: la explotación de los presos bajo el franquismo*, Temas de hoy, 2002.

<sup>5</sup> Ver el relato de Manuel Vaquero en “LA VANGUARDIA”, *Belchite ¿Monumento o dolor?*, el 09/10/2002. Hijo de Belchite, era militante de UGT cuando estalló la guerra. Su padre fue fusilado en 1938 y él fue condenado a 20 años. Estuvo tres años preso en Zaragoza y después pasó un año recluido en el campo de su pueblo.

<sup>6</sup> “ABC”, *El generalísimo hace entrega en Belchite de los títulos de propiedad de 250 viviendas*, 14/10/1954, pp.24

**ni la libertad ni los sentimientos humanos tienen cabida, sino sólo la esclavitud y el terrorismo[...] No nos bastaba la Victoria, no nos bastaba reconquistar el pueblo de Belchite, no nos bastaba la obra material...Teníamos que llenar esto de contenido político, teníamos que crear unos ideales, teníamos que unir a los españoles en una misma marcha y dirección: en la grandeza de la Patria, en la consecución de nuestros ideales... Hoy se camina hacia formas nuevas, quieranlo o no: lo antiguo es inservible. Se necesita la eficacia, que todos los ideales que están en nuestros corazones y en los vuestros se plasmen en realidades.”**

Todo poder totalitario trata de fijar y mantener un orden cognitivo de referencia respecto al enemigo porque este nunca está realmente presente como tal en la población de un país. A pesar de la guerra civil, revisando y reescribiendo la historia, el régimen franquista también ha tenido que buscarlo, crearlo, nombrarlo, y construirlo. Cual sea la forma ideológica que toma una dictadura, la construcción del enemigo siempre sigue el mismo camino cuyo punto de partida es una apelación a la historia, destacando algunos de sus eventos que conviene a sus intereses, para construir un pasado que lo permite instaurar y justificar una escisión en la población. Asimismo, en su discurso, una vez el enemigo "desenmascarado", en este caso el "rojocomunista", Franco se aprovecha de una argumentación heroica por el sacrificio de los "hijos de Belchite", a la manera de mártires dispuestos a dar su vida por la victoria, desplazando las contingencias del alzamiento militar en una necesidad ineluctable para salvar al pueblo del apocalipsis, en un *deber ser histórico*. Como un pensamiento mítico, la batalla de Belchite se ve así dotada de una significación sagrada: la cruzada. Pero extraer un enemigo del "pasado histórico" no es suficiente para que pueda cumplir su papel como creador de división y hacer plausible su permanencia. Su construcción debe también ser asimilada por las memorias colectivas. La invención de una conspiración comunista contra Belchite en primicia de la guerra fría, que al momento de la enunciación tiene lugar, puede leerse no solo como una justificación de la violencia y del terror, sino también como una advertencia que tiene por objetivo comprometer las memorias: permitir la victoria del enemigo "rojo-comunista" hubiera supuesto la primera etapa de un proceso que culminaría con la nación convertida en "colonia soviética". Como lo ha subrayado Pross, "Tener un símbolo exterior de enemigo es imprescindible para un régimen que pretenda llevar en paz sus asuntos internos, porque pone de manifiesto el deslinde de dentro y fuera. La ausencia de negación exterior priva de gran parte de su esplendor al orden interno"<sup>7</sup>. Durante toda la dictadura, y más aun en los años de aislamiento internacional que seguirán la Segunda Guerra Mundial, junto a los relatos sobre el espíritu de la Cruzada, la propaganda sobre la incompreensión exterior se intensificará. Presentando la guerra como la consecuencia de una invasión por parte de fuerzas extranjeras para establecer una dictadura del proletariado en España, ayudadas por traidores que se unieron al poder comunista, Franco se niega a reconocer su carácter "civil". En paralelo, el término oficial de "Cruzada"<sup>8</sup> crea una especie de "hipercodificación"<sup>9</sup> del enemigo que, reproducido constantemente por medio de una retórica connotativa y dicotómica, obstruye cualquier otra interpretación de los hechos: Paraíso, Justicia, sentimientos humanos, libertad/terrorismo rojo, cárceles, esclavitud, etc. Al mismo tiempo que se mantiene vivo el mito de la necesidad de la contienda construido por los vencedores, se impone una jerarquía ideológica de valores desde la cual se atribuye a la "memoria común" de Belchite cualidades particulares, convirtiéndola así en un punto de referencia en la construcción de la identidad colectiva de la nación. De este modo, se impone una interpretación de los hechos que consiste en legitimar el régimen como el instaurador de una nueva era histórica necesaria e inevitable para salvar la soberanía nacional.

Sin duda, Belchite es uno de los lugares de memoria que mejor ilustra la voluntad de Franco de perpetuar el recuerdo glorioso de la guerra civil y de legitimar su poder bajo la instrumentalización simbólica del terror. Esta simbología, visible y omnipresente en todos los rincones de la localidad, ha llegado a formar parte de la vida cotidiana de la población. Durante la transición, por convicciones o miedo a las reacciones, ninguna autoridad institucional ha intervenido sobre esta herencia del pasado.

---

<sup>7</sup> PROSS, Harry, *La violencia de los símbolos sociales*, Anthropos, Barcelona, 1983, pp. 63

<sup>8</sup> Ver el "diccionario para macuto" de García Serrano de 1964: "Cruzada, nombre de la guerra española de 1936-1939..."

<sup>9</sup> ECO, Umberto, *Tratado de semiótica general*, Lumen, Barcelona, 1985, pp. 434-443

En los años posteriores, tampoco se hizo un gran esfuerzo para reducir su alcance. Hace poco, las ruinas del viejo Belchite seguían en total abandono, como si se esperara que el tiempo hiciera por sí solo el trabajo de memoria u olvido. Frente al ayuntamiento del pueblo nuevo se encontraba todavía un monolito con la inscripción: “Yo os juro que sobre estas ruinas de Belchite se edificará una ciudad hermosa y amplia como homenaje a su heroísmo sin par. Franco, 1937-1954”. Pero debido a que fue derribado varias veces, no sin polémica, el ayuntamiento desistió reconstruirlo. Del mismo modo, antes de la aplicación de la denominada ley de “memoria histórica”, por parte de la alcaldesa socialista, las calles del pueblo nuevo mantenían su nomenclatura franquista: plaza del Generalísimo, calle de la Victoria, 18 de Julio, Calvo Sotelo, avenida José Antonio Primo de Rivera, etc. En respuesta a los cambios efectuados, en la fachada de un edificio, frente a la iglesia y el ayuntamiento, ha sido colocada por unos vecinos una reproducción en forja del yugo y las flechas de la Falange de 1,80 metros sin que el consistorio haya podido interferir legalmente por ser una zona privada<sup>10</sup>. Este contexto de política de la memoria parcial e incompleta ubica las relaciones de poder y la hegemonía como terreno privilegiado por la definición y la circulación de los recuerdos y ponen en evidencia una proyección de las luchas pasadas en el presente. Entre ambas dimensiones, por cierto, lejanas de ser exclusivas a la memoria de Belchite, existen espacios vacíos en los que se aferra no solamente el olvido, sino también numerosas rémoras para poder establecer un relato coherente con lo ocurrido. A pesar del aparente localismo de este fenómeno, dada la importante carga simbólica y mítica depositada por Franco en Belchite, se trata de una situación bastante común en España. En realidad, Belchite se ha edificado como un espacio más, pero no menos importante, de socialización política e ideológica del franquismo cuyo sentido y escala deben ser analizados con el fin, como lo sugiere Paloma Aguilar, de comprender la persistencia hoy día de una memoria colectiva a menudo confundida con la de las “dos Españas”<sup>11</sup>. Una manera de hacerlo es indagar los múltiples monumentos franquistas, destinados a la marginalización simbólica del enemigo y a la exaltación del régimen (con todo lo que implica) que aun hoy día siguen sembrando gran parte del territorio nacional.

## 2. Los monumentos a los caídos franquistas

Los monumentos son documentos históricos y sociales que permiten reconstruir algunos aspectos del pasado y del lugar que estos toman en la memoria. Son marcas materiales e inscripciones simbólicas de rememoración intencional, “obras destinadas, por la voluntad de sus creadores, a conmemorar un momento preciso o un acontecimiento complejo del pasado”<sup>12</sup> y honrar la memoria de personas o grupos para inscribirlos en la filiación del tiempo, en la historia. Más concretamente son aquellos lugares donde “la memoria se encarna de forma selectiva, y que, por la voluntad de los hombres o el transcurrir del tiempo, han permanecido como símbolos”<sup>13</sup>. En el caso de los monumentos franquistas, no cabe duda que responden a la construcción de una memoria dominante, es decir no hegemónica, pero fuertemente represiva, a través la cual se pretendía encarnar y legitimar el régimen que empezaba a erigirse. De hecho, serán unas de las piezas de un discriminatorio plan de construcción de espacios simbólicos en toda España, puesto en marcha desde el inicio de la guerra y destinado a consagrar en “héroes” y “mártires” los caídos nacionales y cultivar los signos de victoria. Estos monumentos pueden ser categorizados en cuatro grupos que no se excluyen, sino que se complementan.

El primero es de los que se remiten a importantes figuras militares, políticas e ideológicas del régimen. Los primeros aparecen tras iniciarse la guerra civil, en el verano de 1936. Pero su proliferación empezará realmente a notarse a partir de junio de 1937, tras la unificación de la Falange de la J.O.N.S. y los Carlistas de la “Comunión Tradicional”, cuando el entonces ya “generalísimo” obtiene los plenos poderes. Sus implantaciones aumentarán a medida del avance de las tropas franquistas y se perseguirán a lo largo de toda la dictadura. Entre los más representativos por su tamaño encontramos el del general Mola construido por presos republicanos en 2 meses, entre abril y junio de 1939, a las

---

<sup>10</sup> “EL PERIODICO DE ARAGON”, *Un símbolo franquista en zona privada*, 21/02/2012.

<sup>11</sup> AGUILAR FERNANDEZ, Paloma, *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Alianza Editorial, 1996.

<sup>12</sup> RIEGL, Alois, *Le culte moderne des monuments. Son essence et sa genèse*, Le Seuil, Paris, 1984.

<sup>13</sup> Pierre NORA, *Les lieux...*, t. I, pág. VII.

proximidades de Alcocero<sup>14</sup> (Burgos) y que el mismo Franco inaugurará; o no tan impresionantes, pero no menos elocuentes, los de J.A Primo de Rivera en Barcelona, Alicante, Granada, etc. Mediante el homenaje público y gráfico al sacrificio de algunos de sus hombres más destacables, las nuevas autoridades tratan de llegar a una integración social generalizada de sus propios esquemas políticos e ideológicos. El monumento afirma la ejemplaridad del homenajeado. Su memoria es convertida en modelo de conducta y los valores que encarna son proyectados como los nuevos ideales a seguir.



Fig.2: Monumento al General Mola de Alcocero y monolito al J.A Primo de Rivera en Granada

El segundo grupo es el de los monumentos levantados para honrar a los caídos nacionales locales. Estos monumentos serán los menos costosos y convendrán al espíritu de luto de la época. Su pico de construcción y extensión en todo el país se sitúa entre 1937 y 1943. Se trata habitualmente de monolitos, de 2 o 3 metros, siempre en lugares estratégicos, coronados por una cruz y sobre los cuales son grabados o aparecen en una placa los nombres de los caídos nacionales seguidos de la inscripción “caídos por Dios y España”. Sus elevaciones serán gestionadas por comisiones locales bajo las precisas directivas establecidas por Franco en cuanto a sus características y las condiciones para figurar en ellos. No se toleraba cualquier simbología. Los obeliscos, asociados a la “Francomasonería”, eran totalmente excluidos, y los nombres debían aparecer en orden alfabético a la manera de los cementerios militares. La cruz, expresión simbólica del poder divino sobre la muerte, de la resurrección y la redención, honra la memoria de los que se habían inmolado por “Dios y España”, los que se sacrificaron para proteger del mal a la nación, los que como buenos cristianos y españoles, serán remitidos y salvados para pasar a la posteridad. Paralelamente a esta consagración de los caídos del bando nacionalista suponiendo justificar el bien fundado de sus ausencias y fomentar el carácter útil de su sacrificio, la memoria de las víctimas republicanas se verá silenciada y castigada, y con ella, los motivos de sus luchas y las razones de sus trágicos destinos. Así, varios testigos relatan que la guardia civil les prohibió vestirse de negro para expresar públicamente su duelo. Por lo tanto, mientras que el levantamiento de monumentos dará la posibilidad a los familiares de los caídos nacionales de hacer dignamente su duelo, estos se convirtieron también en marcas represivas y efectivas de exclusión para las del bando republicano dejándolas, de hecho, en la imposibilidad de asumir plenamente las pérdidas de sus seres queridos.

El tercer grupo concierne a los monumentos militares y patrióticos. Generalmente de grandes e imponentes dimensiones, sirvieron para conmemorar los momentos claves de la sublevación, las alianzas y la victoria. Según Jesús de Andrés Sanz, el primero fue el de Llano Amarillo erigido en 1939 en el antiguo protectorado cerca de Ketama, en Marruecos, en recuerdo a las maniobras militares

<sup>14</sup> Por la ocasión, el nombre del pueblo será también cambiado por “Alcocero de Mola”.

que tendrán allí en 1936 como prelude del golpe de Estado<sup>15</sup>. Este gran monumento de 14 metros de altura, será trasladado a Ceuta en 1962 como consecuencia de la independencia de Marruecos. En esta ocasión, en la altura de las escaleras que lo rodean, se le añadirá la fecha del 17 de julio de 1936 en honor a los primeros días de la sublevación militar en Ceuta y Melilla. Otros ejemplos significativos son los de las legiones italianas en Santander y el Arco de la victoria en Madrid. Estos monumentos no podían pasar desapercibidos y sus arquitecturas basadas en el clasicismo con líneas rígidas reflejan el afán imperialista y autoritario del “Nuevo Estado”. Erigidos en huellas del pasado, debían representar lo mejor de una “cultura de la victoria” y permitir así organizar políticamente una conciencia nacional. La puesta en juego era la imposición en el espacio público de una valoración política de la contienda en la cual el franquismo se presentaba como una “autoridad” fundamental para obtener la unidad nacional, el orden y la paz, imprescindibles para la convivencia.



Fig.3: Monumento del Llano Amarillo

El último grupo es en realidad un solo monumento que por su especial carga simbólica, sus características, y sus dimensiones, conviene diferenciar de los demás, y por tanto sobre el cual volveré hablar posteriormente: El Valle de los Caídos.

Es importante destacar que las ubicaciones de estos monumentos no eran casuales: en plazas centrales de los pueblos y ciudades, en las entradas de las iglesias católicas, en cementerios, etc... Estos espacios estratégicos, lugares de reuniones, ritos o duelo, hacían que el monumento se convirtiera, tanto para los vencedores como para los vencidos, en referente obligado en el paisaje urbano, en una marca histórica cotidiana de la memoria de los héroes y mártires, así como de la guerra y la victoria. Serán también lugares de ceremonias y rituales para los vencedores donde podían articular simbólicamente sus recuerdos con la memoria de sus caídos y reafirmar los valores de la “cruzada”. Por lo tanto, estos monumentos propagaban la “ilusión de una memoria común”<sup>16</sup> condicionado la percepción de la realidad y, a su vez, las actitudes frente a ella. La invención de esta “tradición” aspira por un lado a compensar el trauma de las pérdidas y los horrores de la guerra de los familiares de los caídos del bando nacional, y por otro, a castigar la memoria de los republicanos, en definitiva, a “silenciar las voces de tantas muertes que, pasado el fragor del combate, podrían llegar a parecer inútiles”<sup>17</sup>.

En su lógica golpista, militar y autoritaria, Franco no era inconsciente de las dificultades que podrían llegar a ser las consecuencias y los traumas de la guerra por el futuro de su régimen. Esta fue un verdadero baño de sangre humano y sus efectos terribles. Las estimaciones hablan de cifras de 540

<sup>15</sup> DE ANDRES SANZ, Jesús, *Los símbolos y la memoria del franquismo*, Fundación Alternativas, Estudios nº23, 2006

<sup>16</sup> YOUNG, James. E, *Écrire le monument: site, mémoire, critique*, Annales ESC, mai-juin 1993, nº3, pp. 733-736.

<sup>17</sup> AGUILAR FERNANDEZ, Paloma, *política de la memoria y memorias de la política*, Alianza editorial, 2008, pp.144

000 muertos en los años de la Guerra Civil y la inmediata postguerra, y de 575 000 en la caída de la natalidad<sup>18</sup>. Se estima más de 200 000 caídos y 400 000 heridos en operaciones militares. Todo esto en un país de no más de 26 millones de habitantes en 1936. Pero cabe destacar también el enorme desequilibrio entre los dos bandos. Del lado republicano, se calcula 120 000 víctimas en la retaguardia de la zona nacional durante la guerra, a las que hay que sumar unas 50 000 ejecuciones en la represión que siguió la guerra, 150 000 prisioneros de guerra en las cárceles de Franco, 130 000 desaparecidos en las fosas comunes y cerca de 400 000 exiliados en el mundo después de la "Retirada" de los cuales 160 000 no volvieron a vivir en su país. Del lado franquista, 60 000 caídos en combates, 20 000 ejecutados en zona republicana, y 6000 miembros del clero asesinados por grupos radicales de izquierda incontrolados<sup>19</sup>.

Pero más allá de estas consideraciones, la guerra civil era un acontecimiento mítico en la interpretación histórica del régimen y había que mantenerlo vivo y activo para la base popular del régimen. Para ello, era esencial dar un papel en la historia a sus mártires, integrarlos en la memoria oficial, en el presente y en el futuro de la Patria. El espacio público así dominado por el relato político e ideológico del régimen, donde los "buenos" y "los malos" son claramente identificados, además de dar a los que lo sostiene un papel de salvador, permite inculcar a las nuevas generaciones el recuerdo de la victoria. Esta memoria dominante "de la victoria", construida sobre un discurso histórico providencial de la guerra civil también dominante, y razón de ser del régimen, situando el recuerdo de sus caídos como un ejemplo para el futuro y manteniendo alejada toda posibilidad de reconciliación o perdón, estará presente durante los casi 40 años de dictadura. Los monumentos del franquismo que permanecen en la actualidad son los símbolos de aquella memoria histórica.

El peso de esta tradición de "patrimonialización" franquista, llamada a perdurar y fijar en la memoria colectiva su percepción bélica de la historia, va prolongarse hasta después de la muerte de Franco en 1975, aunque sin comparaciones con lo monumental de los años del régimen. Se trata de pequeños monolitos, bustos o estatuas. Así, por ejemplo, será levantada en 1977 una estatua de Franco en Melilla. Para los sectores sociales y políticos más conservadores era una manera de resistir al cambio percibido como una oposición al poder y mantener el espejismo de sus ideales. De manera más general, esta actitud suponía la defensa de todos los símbolos de la dictadura, y con ellos de la memoria de sus principios legitimadores. Por otro lado, en el contexto de una transición que no implicara una ruptura radical con el régimen anterior como la española, cuyas condiciones serán determinadas por el propio dictador antes su muerte, y en la cual la propia cúpula de la dictadura podrá regular su autodisolución asegurándose un mínimo control sobre el poder, las acciones democráticas en torno a las representaciones simbólicas del pasado serán casi nulas. Hace falta esperar la adopción de la Constitución en 1978 y las primeras elecciones municipales en 1979 para ver los primeros cambios. Esta abertura política favorecerá naturalmente un movimiento de democratización de la relación al pasado de donde surgieron discursos hasta ahora censurados lo que, en la reescritura de la historia<sup>20</sup>, convocará luchas simbólicas por el sentido del pasado. Varios monumentos serán destruidos y algunas municipalidades cambiarán los nombres de las calles. Sin embargo, este movimiento será rápidamente frenado por el miedo que reactivará el intento del golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, y su instrumentalización por parte de la clase política. La cuestión de los monumentos resurgirá con fuerza en el debate público solamente a principio de los años 2000 con la creación de la Fundación Franco bajo los auspicios económicos del gobierno Aznar (PP) y con el relevo generacional conocido por las múltiples asociaciones de víctimas del franquismo. Pero, puesto que la decisión de qué hacer con los monumentos de la dictadura permanecía en manos de las corporaciones locales, los cambios dependieron en grande parte de su mayoría política, dejando claro ciertas formas de oportunismos ideológicos y electorales, en la derecha como en la izquierda. Pocos monumentos serán desmantelados y por lo general se privilegiará sus modificaciones desarropándolos de sus contenidos políticos u

---

<sup>18</sup> X Congreso de la AEHE, Galicia, 2005.

<sup>19</sup> Todas estas estimaciones, aún están sometidas a revisión. Las investigaciones realizadas hasta la fecha demuestran, al contrario de la víctimas franquistas, que un alto porcentaje de desaparecidos republicanos no consta en registro alguno.

<sup>20</sup> CAPDEVILA, Luc; LANGUE, François (dir.), *Entre mémoire collective et histoire officielle : l'histoire du temps présent en Amérique Latine*, Presse Universitaire de Rennes, 2009.

ocultándolos no sin ambigüedades. Este fue el caso, por ejemplo, del monumento a los caídos nacionales locales de Cullar Vega (Granada), donde el ayuntamiento socialista, en 2000, recubrirá los nombres entallados en la piedra con una placa: “... en memoria de todos los que dieron su vida por este país”.



Fig.4: Monumento a los caídos de Cullar Vega

La tragedia de una pérdida es, por supuesto, a tener en consideración en un mismo nivel emocional, independientemente de las personas y de sus ideologías. Pero desde el espacio público, esta igualdad de trato puede hacer pensar que se trata de hacer ininteligible el pasado. ¿Todas las víctimas de la guerra civil son iguales? ¿Qué se conmemora realmente aquí, las víctimas o los acontecimientos? En este aspecto, esta epigrafía entrega un mensaje o más bien esconde otro: Solo hay víctimas, y en consecuencia también solo verdugos. Todo el mundo está subido “en el mismo barco”, puesto en la misma “bolsa”, incluso cuando los muertos murieron en contextos diametralmente diferentes. Al final solo subsisten víctimas para llorar y por las cuales sentimos compasión. En esta lógica, terminamos asociando todas las víctimas, un crimen borra a otro, y sin culpables no hay víctimas. Sólo existe crimen y no se sabe muy bien qué política los ha organizado. Es abrir la puerta al reduccionismo y la negación, lo que conduce, a menudo, al mismo: se despolitizan las víctimas usando el tema de la violencia...una manera de hacer memoria sin asumirlo.

Aunque en este aspecto, en estos últimos años, notables avances han sido logrados con la creación de la “Comisión por la situaciones de las víctimas” y de la “ley de memoria histórica”, pero no exentos de oposiciones y disputas, sin embargo persisten todavía evidentes desigualdades institucionales y un real desequilibrio en torno a la memoria histórica de la guerra civil y sus representaciones materiales. De hecho, si por un lado la permanencia de las reliquias franquistas en la actualidad plantea continuidades y herencias con el pasado reciente, de manera explícita o indirecta, también implican críticas sobre las formas de acción política por las que existen y permanecen. Además de ser objetos de memoria, responden también a intereses políticos e ideológicos, y en primer lugar, de los que serán los pilares del régimen, la falange y la Iglesia católica. Las placas falangistas de “caídos por Dios y España” que permanecen en numerosas fachadas de iglesias simbolizan la “época de oro” de estos dos sectores.

### 3. En torno a las placas falangistas en las fachadas de las iglesias

Sin duda, la guerra civil y el franquismo son unos de esos acontecimientos que todavía siguen vivos y activos para importantes sectores de la actual sociedad española. De ello dan cuenta las no pocas polémicas sociales, políticas, jurídicas y académicas que ha generado este pasado estos últimos años y

en las cuales las actitudes de "boicot" provenientes de los sectores conservadores no faltan. Estas se expresan en sus múltiples resistencias a condenar la dictadura como en sus oposiciones a eliminar los símbolos que implican a sus protagonistas políticos y religiosos. En este aspecto, la permanencia de las placas falangistas en la fachada de numerosas iglesias es significativa. La memoria juega un papel crucial en la legitimación y reproducción de un sistema político e ideológico porque es ella quien determina la percepción social de la historia. El género histórico se define por su objeto, es decir el relato de los acontecimientos del pasado y, por lo general, sólo el pasado memorable se cuenta, pues es lo que es juzgado como tal y se convierte en elemento modélico por la sociedad.

Como señalan varios historiadores, la búsqueda de unas bases legitimadoras será “una preocupación constante en el seno del aparato estatal franquista”<sup>21</sup>. A tales efectos, se decretará la unificación de la Falange con los Carlistas y se constituirá el Movimiento Nacional que devendrá el partido político único del “Nuevo Estado” mediante el cual el régimen se esforzará en construir coaliciones en diversos sectores de la sociedad y mantener las contribuciones a su estabilidad. Como lo enseña la literatura política, los regímenes duran más tiempo en el poder porque reúnen grupos política e ideológicamente poderosos y evitan su oposición al ofrecerles una serie de recompensas y un margen de negociación<sup>22</sup>. Así, aunque esto no aparece como una obligación en el decreto del 16 de noviembre de 1938 proclamando el 20 de noviembre “día de duelo nacional” en memoria del fundador de la Falange fusilado bajo la acusación de rebelión militar en 1936, José Antonio Primo de Rivera, la mayoría de las inscripciones en referencia a la guerra civil terminan enmarcadas por su nombre. De igual manera, la decisión de inscribir los nombres de los muertos del bando nacional junto al suyo en todas las fachadas de las iglesias sobre las placas de “muertos por Dios y España”, se tomará por la Junta política de la Falange en 1939. En coherencia con la máxima de la Falange que afirma que “la interpretación católica de la vida es la verdad”, a comienzos de los años 40, se establecen varios acuerdos con el poder eclesiástico para crear canales de control sobre la población. Las placas “muertos por Dios y la patria”, instaladas en casi la totalidad de los muros de las iglesias en represalia a la política laica de la Segunda República ilustrada por la famosa frase de Azaña “España ha dejado de ser católica”, demuestran la buena disponibilidad del clero a colaborar, para hacer admitir a la sociedad que la guerra era el resultado de una lucha legítima contra “rojos ateos”, y dejan evidente su participación en la estabilización de la dictadura. Algunos sacerdotes participaron activamente en la represión denunciando a sus feligreses republicanos en los tribunales estatales. También juegan un papel importante en el suministro humano de los centros penitenciarios, en particular para las cárceles de mujeres y los establecimientos preventivos para los jóvenes. Los niños serán obligados a expiar los “pecados” de sus padres y sometidos a maltratos. En mis investigaciones, muchos de mis encuestados se han referido a los malos tratos físicos y psicológicos del personal religioso.

Convertida en un pilar activo para desarmar la “desobediencia” y la “insubordinación”, ciega a las muertes y las torturas, la iglesia se aprovechará política e históricamente de su alianza con el franquismo. De hecho, el Concordato de 1953 firmado con el Vaticano marca una especie de agradecimiento oficial por su papel en la “gestión de la paz” y la “educación” del pueblo a sus valores morales y principios dogmáticos. Es decir la influencia que tendrá la Iglesia durante la dictadura.

Hoy día, parece que es la Iglesia quien quisiera devolver el favor. Significativamente, el 28 de Octubre de 2007, tres días antes la aprobación Parlamentaria de la Ley “de memoria histórica”, asistíamos en Roma a la beatificación masiva de 498 sacerdotes españoles en calidad de "bienaventurados", la más grande en la historia de la Iglesia, elegidos entre 7 000 que fueron ejecutados por republicanos durante la guerra civil<sup>23</sup>. De la misma manera, si durante la transición algunas placas asociadas al nombre de J.A Primo de Ribera colgadas en los santuarios religiosos caerán, generalmente debido a obras de mantenimiento, recientemente se encuentran hasta casos de restauración. Así, en 2010, la placa de la Iglesia de Ciempozuelos (Madrid), junto a su monumento a los caídos nacionales locales, serán

<sup>21</sup> MADALENA CALVO, José I.; ESCUDERO, Maria Carmen; PRIETO ALTAMIRA, Alfredo; REGUILLO, José Francisco, “los lugares de la memoria de la guerra civil en un centro de poder: Salamanca, 1936- 39”, en Julio Arostegui (coord.), *Historia y memoria de la Guerra Civil*, Junta de Castilla y León, 3 vols., 1988, pp. 487-512

<sup>22</sup> BROWNLEE, Jason, “Rulings Parties and Durable Authoritarianism”, Stanford Institute on International Studies, Working Paper, CDDRLH, 2004, n°23, pp. 1-34.

<sup>23</sup> Estas 498 beatificaciones vienen ajuntarse a los 479 religiosos beatificados durante la dictadura.

reparados y limpiados de todas las pinturas que los rodeaban. Según lo que afirma la alcaldesa popular, la limpieza la efectuará graciosamente la misma empresa que su ayuntamiento contrata para mantener sus calles y jardines públicos. Pero, cual sea la verdad, esta situación refleja bien de qué manera la nostalgia del franquismo consigue aún fundirse en el actual Estado de derecho.



Fig.5: Placas y monumento en la fachada de la iglesia de Ciempozuelos antes de sus limpiezas

En este aspecto, se hace evidentes las deficiencias y contradicciones de la Ley de “memoria histórica”. Esta prevé la retirada de los monumentos y símbolos franquistas por parte de las autoridades que se encargan de su conservación o que posean su titularidad, únicamente cuando estos exalten “a uno solo de los bandos enfrentados” en la guerra civil o que se “identifiquen” con la dictadura, pero únicamente en el caso de no ser considerada de valor artístico o cultural. En tal caso, la decisión recae una vez más sobre los ayuntamientos. En definitiva, el alto grado de interpretación de este texto de ley no impide las estrategias institucionales y políticas para evitar cumplir con un proceso general de desmantelamiento de los símbolos franquistas, sino más bien, dado lo expuesto anteriormente, parece fomentarlas. En tales casos, el sentido de las marcas e inscripciones del franquismo, y de sus ideologías, se ve reapropiado y reactivado por actores sociales e institucionales, de acuerdo con sus circunstancias y el escenario político en el que desarrollan sus estrategias y sus proyectos<sup>24</sup>, y sigue siendo un elemento histórico fijo en la dinámica cultural de las memorias colectivas. En otras palabras, por falta de una condenación oficial firme del franquismo, las instrumentalizaciones políticas terminan por dar la razón a los nostálgicos del franquismo. Por la misma razón, la ley ni siquiera aporta solución a qué hacer con lo que es la consagración simbólica por excelencia del franquismo: El Valle de los Caídos.

#### 4. Epílogo: El Valle de los Caídos

¡Un símbolo de la consagración definitiva del régimen! “El panteón glorioso de los héroes” como algunos historiadores han podido llamarlo. Tal fue seguramente la idea de Franco cuando empezara a proyectarla. Este templo de 250 m de longitud cavado en la roca, coronado por su enorme cruz de 150 m de alto que domina el Valle de Cuelgamuros (Madrid), fue construido<sup>25</sup> entre 1941 y 1958 con la mano de obra de unos 20.000 presos republicanos e inaugurado por Franco en 1959. Algunos de los que han podido sobrevivir obtendrán así una reducción de su pena.

<sup>24</sup> JELIN, Elizabeth (coord.), *Las conmemoraciones: las disputas en fechas in-felices*, Siglo veintiuno, 2002, pp. 2

<sup>25</sup> El decreto de construcción se publicó el 1 de Abril de 1940, día del primero aniversario de la “victoria”.



Fig.6: Vista exterior del monumento del Valle de los Caídos

Cada detalle del monumento fue minuciosamente elegido por Franco. Así la gran cruz debía representar “la reunión póstuma de los mejores”, “los muertos por la Cruzada”, “los héroes y mártires”<sup>26</sup>, etc. En el interior, dos estatuas masculinas con unas espadas en mano guardan con autoridad la entrada de la parte principal donde se encuentra la representación de las seis vírgenes de los ejércitos con sus respectivas capillas tras la cual se congregan unos 33 872 cadáveres, entre los cuales unos 12 000 cuerpos no identificados provienen de distintas fosas comunes de toda España<sup>27</sup> que Franco hará re-sepultar religiosamente bajo la presión de la Iglesia, pero probablemente también por razones mucho menos caritativas. En todo el recorrido, los signos de relación entre la religión, el franquismo y la muerte son evidentes. En la última parte, en la cúpula, están tres capillas con la inscripción “Caídos por Dios y España” y las tumbas de J.A. Primo de Rivera y la del mismo Franco. No falta en este monumento nada de la simbología franquista (con los mitos que conlleva): el levantamiento, la victoria, la dictadura, el régimen, y Franco.

Hoy día gestionado por el patrimonio nacional, este monumento recibe 400 000 turistas al año (eso antes de su cierre al público a finales de 2009). Pero además, se ha convertido en un centro de peregrinación para los grupos de extrema derecha y la Fundación Franco que organizan regularmente misas y conmemoraciones bien estereotipadas y apológicas: trajes militares, banderas preconstitucional, etc.



Fig. 7: Celebración del 20 de noviembre en el Valle de los Caídos (2006)

<sup>26</sup> “ABC”, 21/07/1957.

<sup>27</sup> Agradezco Francisco Ferrándiz para haberme facilitado esta información.

A las demandas de las asociaciones de víctimas que exigen que se prohíban estas manifestaciones, además de la que se refiere a que los restos de Franco sean sacados del recinto, los nostálgicos del franquismo replican que el objetivo último de este monumento es el de honrar a los muertos de los dos bandos: en este punto tampoco el texto de ley de “memoria histórica” les contradice. Sin embargo, todo en este lugar demuestra que lo que es presentado como una obra de reconciliación es en realidad otra tentativa de mantener vivo el mito de las “dos España” de Franco.

## **5. Conclusión**

El recuerdo de la guerra civil será un elemento clave en la búsqueda de legitimación y en el proceso de socialización política e ideológica del régimen franquista. La influencia y los efectos del franquismo sobre la memoria de aquel periodo han formado una temporalidad histórica y un paisaje memorial cuyas representaciones simbólicas y materiales permanecen activas en la actualidad.

Por un lado, la subsistencia de estas marcas interroga la dimensión histórica de la memoria del franquismo y demuestra que parte de la cultura dominante que este impondrá durante casi cuarenta años consiguió arraigarse en la sociedad. Evidentemente, en el marco de este análisis etnológico, tan solo se han subrayado algunas de sus manifestaciones. Pero lo importante es que su enfoque permite entender cómo operan en conjunto: la manera en que los hechos han sido presentados a la población, la represión inicial, la propaganda contra el enemigo, así como la implantación en toda la geografía española de una simbología ensalzando los valores de sus héroes, el sacrificio de sus mártires y la victoria, castigando en la misma ocasión la memoria republicana, serán operaciones del recuerdo y del olvido que pretendían dar sentido histórico al “nuevo Estado” en vinculación con sus estrategias y sus proyectos futuros.

Por otro lado, la permanencia de estas marcas cuestiona esta temporalidad refiere al devenir y lleva a la problemática de saber hasta qué punto la memoria social y la representación oficial de la realidad del pasado siguen sumisas a las deformaciones y los silencios introducidos por el franquismo. En este aspecto, España parece sufrir una especie de esquizofrenia memorial vacilando entre una configuración política y jurídica en la cual se distribuyen tantas verdades como se acuerdan beneficios, y las disimulaciones y manipulaciones que se construyen sobre ella. Las posibilidades de resistencias a los cambios como las controversias en torno a los símbolos son resultantes de esta patología. Los nostálgicos del franquismo quieren guardar una memoria de su poder para intentar prolongar su impacto en el futuro y las víctimas tratan de defender su dignidad violada por la búsqueda, toda democrática, de una estima social de la cual se sienten injustamente privados.